



dareis en prisiones.» Y les envió por tres días á la cárcel. Pero al tercero les dijo: «Haced lo que he dicho y vivireis, pues temo á Dios. Si sois rectos y sinceros, que uno de vuestros hermanos quede atado en la cárcel, vosotros id y llevad el trigo que habeis comprado á vuestras casas, y traedme á vuestro hermano el más pequeño, para que pueda abonar vuestras palabras y no murais.» Hiciéronlo como lo habia dicho.

Entre tanto, ellos se decian el uno al otro: «Justamente padecemos esto, porque pecamos contra nuestro hermano, viendo la angustia de su alma, cuando nos rogaba y no le oimos; por esto ha venido sobre nosotros esta tribulacion.» Rubén les respondió: «¿Por ventura no os dije: «No pequeis contra el muchacho,» y no me escuchasteis? Ved cómo es demandada su sangre.» Ignoraban que José les entendia, por cuanto les hablaba por intérprete. Y apartóse un poco y lloró. Despues volvió y les habló; tomó á Simeon y le hizo encadenar en su presencia (1).

José trata á sus hermanos con un aparente rigor, para tener nuevas seguridades de su padre y de su hermano Benjamin; no viendo á este último con ellos, tenia el temor que hubiesen hecho lo mismo que con él. Quería tambien saber si á su vista se arrepentian de su conducta. La confesion que ellos hicieron movió su corazon, que le hizo derramar lágrimas. Simeon es retenido en prision, porque segun una tradicion hebraica, en vez de ayudar á Rubén á librar á José, era el que más deseaba su muerte, lo que no es improbable, porque hemos visto, por la matanza de Sicheu, cuán dado era su carácter á la violencia. Despues de esto, José dió orden para que llenasen sus sacos de trigo, y que volviesen á poner el dinero de cada uno de ellos en sus costales, dándoles además víveres para el camino. En cuanto á ellos, cargaron los granos en sus asnos y se fueron. Mas uno de ellos abrió el costal para dar un pienso al jumento en el meson, vió su dinero en la boca del costal, y dijo á sus hermanos: «¿Qué es esto que ha hecho Dios con nosotros?»

(1) Gén., 42.

De vuelta cerca de Jacob, su padre, en el país de Canaan, le contaron todo lo que les habia sucedido, y dijeron: «El señor de aquella tierra nos habló con dureza, y pensó que nosotros éramos espías de la provincia.» Añadieron tambien cómo habia retenido á Simeon como rehen, y exigido, para prueba de la veracidad de sus palabras, que le llevaran á Benjamin. Dicho esto, al vaciar el grano halló cada uno el dinero atado en la boca de los costales, y como todos á una quedasen asombrados, lo mismo que su padre, este dijo: «¿Quereis, pues, que no tenga más hijos? José ya no existe, Simeon queda en prisiones, y me quitareis á Benjamin; sobre mí han recaído todos estos males.» Rubén respondió á su padre: «Haz morir á mis dos hijos si no te le volviere; entregale en mis manos, y yo te le restituiré.» Y él: «No descenderá, replicó, mi hijo con vosotros; su hermano murió y él solo ha quedado; si le acaeciere algun desastre en la tierra adonde vais, llevareis mis canas con dolor al sepulcro (1).»

Entre tanto, el hambre afligia en gran manera á la tierra de Canaan; Jacob se vió precisado á volver á enviar á sus hijos á Egipto, y sobre las representaciones de Judá, venció la repugnancia que tuvo desde luego de dejar partir con ellos á Benjamin. Mas entonces, segun las costumbres del Oriente, para atestiguar su respeto á este hombre poderoso del Egipto y para apaciguarle, mandó á sus hijos tomasen con ellos de los mejores frutos de la tierra, resina, miel, perfumes, mirra, terebintos y almendras. Les mandó tambien llevasen, además del dinero necesario, el que habian encontrado en sus sacos, «no sea que haya sucedido por equivocacion; y que mi Dios Todopoderoso os haga encontrar misericordia delante de ese hombre, á fin de que remita con vosotros á vuestro hermano, que tiene en su poder, y á este Benjamin; y yo quedaré como destituido sin hijos.»

Cuando llegaron á Egipto y fueron presentados á José, estaba este ocupado en funciones públicas; y cuando distinguió á Benja-

(1) Gén., 43.



min, dijo á su intendente que les condujese á su casa y preparase víctimas para un banquete, «porque estos hombres han de comer conmigo á mediodía.» Ellos, por el contrario, viéndose conducidos á la casa de José, se asustaron y contaron al intendente como se habia encontrado el dinero en sus costales y como habian tenido cuidado de devolvérselo. Mas él les dijo: «La paz sea con vosotros, no temais. Vuestro Dios y el Dios de vuestro padre os dió los tesoros en vuestros costales, porque el dinero que me disteis lo tengo yo en buena moneda.» Y les sacó á Simeon. Despues de haberlos introducido en su casa, trajo agua y lavaron sus piés, y dióles pienso para sus jumentos.

Entre tanto, ellos tenian todos los presentes preparados; y cuando entró José en la casa, se les ofrecieron teniéndoles en sus manos, y le adoraron inclinándose hasta la tierra. Mas él, despues de haberles saludado con afabilidad, dijo: «¿Vuestro anciano padre, de quien me habeis hablado, está bueno? ¿vive todavía?» Ellos respondieron: «Vuestro siervo, nuestro padre, está bueno; vive todavía.» E inclinándose, le adoraron. Y alzando José los ojos, vió á Benjamin, hermano suyo uterino, y dijo: «¿Es este vuestro hermano pequeño, de quien me hablasteis?» Y añadió despues: «Dios tenga misericordia de tí, hijo mio.» Y José se aceleró, porque se conmovieron sus entrañas á causa de su hermano, y se le saltaban las lágrimas; y entrando en su aposento, lloró. Despues, lavándose la cara para que no conociesen que habia llorado, se reprimió, y dijo: «Poned panes.» Le sirvieron aparte á José, á sus hermanos y á los egipcios que comian con él, porque los egipcios no podian comer con los hebreos, y tenian por profano semejante banquete. Sentáronse delante de él el mayor, segun su primogenitura, y el menor segun su edad. Ellos se admiraban entre sí. Tomó las partes delante de él, y las envió á cada uno de sus hermanos; pero la parte de Benjamin era cinco veces más grande que las otras. Y bebieron y se regocijaron con él (1).

Cuando los hijos de Israel se preparaban á

(1) Gén., 43.

partir, José mandó á su mayordomo que llenase de trigo sus costales, cuanto pudieran caber, y que pusiese el dinero de cada uno á la entrada de su costal, y que colocase su copa de plata en la boca del costal del más jóven y el importe de su trigo. Llegada la mañana se pusieron en camino. Pero apenas habian salido de la ciudad, cuando José dijo á su intendente: «Marcha y ve en seguimiento de esos hombres, y alcanzados que sean, díles: «¿Por qué habeis vuelto mal por bien? ¿por qué me habeis robado mi copa de plata? ¿no es la misma en que bebe mi amo, y de la cual se sirve para adivinar? Habeis hecho una accion detestable (1).»

Cuando José supone que adivina por su copa, habla segun la opinion que el vulgo tiene de él. En el fondo, nada era más verdadero en este momento, pues por esta copa queria sondear las disposiciones de sus hermanos con respecto á Benjamin; por esta copa iba á saber si alimentaban contra él sentimientos de envidia, ya á causa de la predileccion de Jacob, ya tambien por las preferencias de que habia sido objeto en el palacio de José.

El mayordomo ejecutó las órdenes de su amo. Los hijos de Jacob trataron de justificarse. «El dinero que hallamos en lo más alto de nuestros costales, te lo volvimos á traer desde tierra de Canaan; ¿cómo, pues, habíamos de robar de la casa de tu señor oro ó plata? Aquel de tus siervos, quien quiera que sea, en cuyo costal se encuentre lo que buskais, muera, y nosotros seremos esclavos de nuestro señor.» «Hágase, les dijo, conforme á vuestra sentencia. Aquel en cuyo saco se encuentre la copa, será mi esclavo; en cuanto á vosotros, sereis inocentes.» Y al punto, poniendo los costales en tierra, cada uno abrió el suyo. Y habiéndoles escudriñado el intendente, empezando desde el mayor hasta el más jóven, encontró la copa en el costal de Benjamin. Ellos entonces rasgaron sus vestidos, cargaron de nuevo sus asnos y se volvieron á la ciudad. Judá, el primero, con sus hermanos, entró en la casa de José, porque todavía estaba allí, y todos á una se postraron en tierra delante de él.

(1) Gén., 44.



José les dijo: «¿Por qué habeis querido portaros de esta manera? ¿ignorais por ventura que no hay quien se asemeje á mí en la ciencia de adivinar?» Y Judá dijo: «¿Qué responderemos á nuestro señor? ¿qué diremos ó qué podremos oponer en justicia? Dios ha hallado la iniquidad de tus siervos; vednos aquí, esclavos somos todos de mi señor, tanto nosotros como aquel en cuyo poder se ha hallado la copa.» Pero José respondió: «Lejos de mí obrar así; el que ha hurtado la copa ese será mi esclavo, y vosotros marchad libres á vuestro padre.»

Entonces Judá, acercándose más á José, le dijo: «Ruego, señor mio, que tu siervo hable una palabra en tus oídos, y no te enojas con tu esclavo, porque tú eres despues de Faraon.» Mi señor preguntó á sus siervos: «¿Teneis padre ó hermano?» Nosotros respondimos á tí mi Señor: «Tenemos un padre anciano y un hermano pequeño, que le nació en su vejez; cuyo hermano uterino ha muerto, y á este sólo tiene de su madre; y le ama tiernamente.» Y dijiste á tus siervos: «Traédmelo acá y pondré mis ojos sobre él.» Insinuamos á mi señor: «No puede el muchacho dejar á su padre, porque si le dejare morirá.» Pero dijiste á tus siervos: «Si no viniere vuestro hermano el más pequeño con vosotros, no vereis más mi cara.» Pues luego que subimos á tu siervo nuestro padre, le contamos todo lo que habló mi señor. Y dijo nuestro padre: «Volved, y comprad un poco de trigo.» Pero nosotros le dijimos: «No podemos ir: si nuestro hermano el más pequeño descendiere con nosotros, iremos juntos; de otra manera, estando él ausente, no nos atrevemos á ver el rostro del hombre.» Entonces vuestro siervo, nuestro padre, nos dijo: «Vosotros sabéis que mi mujer me parió dos hijos. El uno salió y dijisteis; una fiera le devoró, y hasta ahora no parece. Si lleváseis también á este, y le acaeciére en el camino alguna cosa, llevareis mis canas con tristeza al sepulcro. Pues si yo me presentare á tu siervo, nuestro padre, y faltare el muchacho (como su vida está unida á la de este), y viere que él no está con nosotros, morirá, y tus siervos harán descender las canas de tu siervo, nuestro padre, con dolor al sepulcro. Sea yo propia-

mente tu esclavo, que salí fiador por él y me obligué, diciendo: «Si no lo volviere á traer, seré reo de pecado contra mi padre en todo tiempo. Por tanto yo, tu siervo, quedaré en vez del muchacho en la servidumbre de mi señor, y el muchacho vaya con sus hermanos, porque no puedo volver á mi padre estando ausente el muchacho, por no ser testigo de la calamidad que ha de oprimir á mi padre (1).»

José no podía ya reprimirse más ante el número de asistentes, por lo que mandó que salieran todos fuera, para que ningun extraño asistiese al mútuo reconocimiento. Y alzó la voz con llanto, de suerte que le oyeron los egipcios y toda la casa de Faraon. Y dijo á sus hermanos: «Yo soy José: ¿vive mi padre todavía?» No podían responderle sus hermanos, espantados de un excesivo terror. Pero él, hablándoles con dulzura, les dijo: «aproxímaos á mí.» Y cuando se hubieron aproximado, añadió: «Yo soy José, vuestro hermano, á quien vendisteis para Egipto. No os asustéis, ni os parezca cosa dura el haberme vendido vosotros para estas regiones; porque por vuestra salud me envió Dios antes de vosotros á Egipto. Pues ya hace dos años que comenzó á haber hambre en la tierra, y aún quedan cinco años, en que ni se podrá arar ni segar. Pero Dios me envió delante para que os conserveis sobre la tierra y podais tener alimentos para vivir. No por consejo vuestro, sino por voluntad de Dios, he sido enviado acá; el cual me ha hecho como padre de Faraon y señor de toda su casa y príncipe en toda la tierra de Egipto. Apresuraos y subid á mi padre, y le direis: «Esto te envia á decir tu hijo José: Dios me ha hecho dueño de toda la tierra de Egipto; descende á mí, no te detengas. Habitarás en la tierra de Gessen, y estarás cerca de mí, tú y tus hijos, y los hijos de tus hijos, tus ovejas, y tus ganados mayores, y todo lo que posees. Y allí te alimentaré (porque aún restan cinco años de hambre) para que no perezcas tú y tu casa, y todo lo que posees. Hé aquí que vuestros ojos y los de mi hermano Benjamin están viendo que mi

(1) Gén., 44.



»boca os habla. Anunciad, pues, á mi padre toda mi gloria y todo lo que habeis visto en Egipto; apresuraos, y traédmele.»

Despues se arrojó sobre el cuello de Benjamin y lloró, y Benjamin lloró también sobre su cuello. Y besó José á todos sus hermanos, y lloró sobre cada uno de ellos; despues de lo cual se atrevieron á hablarle.

Habiendo sabido Faraon que habian venido los hermanos de José, se regocijó con sus siervos, é hizo ordenar á José que invitase á su padre á venir á Egipto con todos los suyos; que allí les daria bienes, para que consumieran el meollo de la tierra; que no se apenasen por nada, pues todos los bienes del país serian de ellos; que, en fin, sus hermanos tomasen carros de la tierra de Egipto para trasportar al padre, á los hijos y á las mujeres.

Los hijos de Israel hicieron lo que se les habia mandado, y José les dió carros segun el mandato de Faraon, y víveres para el camino; y dió á cada uno de ellos dos trajes; mas á Benjamin cinco de los más bellos y ricos, y trescientas monedas de plata. Envió otro tanto á su padre, con diez asnos cargados de todo lo que habia de más precioso en Egipto, y otras tantas asnas, que llevaban trigo y panes para el camino. Despidió con esto á sus hermanos, y les dijo al momento de partir: «No riñais en el camino (1).»

Nada más bello entre todas las historias, como la historia de José; en ningun país, ni en ninguna lengua, la poesía ha imaginado nada tan natural, tan sublime, ni tan tierno; á los hechos y á las palabras, responde el corazón conmovido: «El dedo de Dios está allí.» Sin embargo, esta realidad, ya tan divina, no es más que la sombra de una realidad más divina aún. José nos traza de antemano, en su vida, la historia de Jesucristo y de su Iglesia.

Nacido de la esposa querida, milagrosamente fecunda; nacido para ser el príncipe de sus hermanos, el sosten de la familia, el apoyo de su pueblo, la piedra de Israel, el Salvador del mundo; creciendo cada dia en sabiduría y en gloria; amado de su padre más que los otros;

(1) Gén., 45.

aborrecido de sus hermanos, porque no imita sus desarreglos, porque les habla de su grandeza futura; enviado hácia ellos por su padre, maquinan su muerte, le venden por veinte monedas de plata, ensangrientan su túnica; reducido á esclavitud entre los gentiles, la bendicion sigue sus pasos y se extiende á todo cuanto le rodea; hasta en la cárcel y entre los culpables, el Señor está con él y le reviste de poder y de gracia; sacado de allí al tercer año, él es el único capaz de explicar el misterio revelado á Faraon; le es dado el imperio sobre toda la tierra de Egipto; todos ante él doblan su rodilla; se le llama el Salvador del mundo; se une á una sola esposa, que le da dos hijos, de los cuales el más jóven debe ser preferido al primogénito. Despues de los años de abundancia, vienen los años de escasez; una terrible hambre se deja sentir en todo el mundo, pero hay trigo en Egipto. El rey dice á sus súbditos: «Id á José, haced lo que él os dirá.» Al punto se extiende á todas las provincias. Los hermanos de José, llenos de miseria, mientras que otras naciones se aprovechan de un salvador, que han rechazado, vienen por último á reclamar su auxilio y se prosternan ante él sin conocerle; le creen muerto, y vive en la gloria. En fin, cuando despues de haberles probado de diferentes maneras ve que están arrepentidos del crimen que han cometido á su vista, se da á conocer á ellos, les abraza, les consuela, y vierte sobre ellos lágrimas de alegría; hace venir todo el resto de su familia, y los coloca en el país más abundante.

Cambiamos el nombre, y tendremos la historia de Jesucristo; nacido de la más bendita entre todas las mujeres, de una madre virgen; nacido para ser el rey de todos los hombres, el Salvador del mundo; su padre puso en él todas sus complacencias, pero en esta proporcion era aborrecido de sus hermanos; no pueden decirle una palabra de amistad; maquinan su muerte; Judas le vende por treinta monedas de plata; ensangrientan, crucifican su humanidad, su forma de esclavo; arrojado por ellos, lleva su gracia á los gentiles; por todas partes va haciendo bien; todo se somete á su imperio,



aun los lugares subterráneos adonde él desciende; resucitado del sepulcro al tercer día, él solo esclarece los misterios, él solo puede romper los sellos; el Rey Eterno le hace sentar á su derecha; todo poder le es dado en el cielo y sobre la tierra; toda rodilla se doblará ante él; toda lengua le confesará Salvador del mundo. Despues de una primera efusion de gracia sobre toda carne, se extenderá sobre todo el género humano una hambre, una escasez de verdad, una disminucion de doctrina; pero por la sabiduría del Divino Salvador, siempre la abundancia reinará en su Iglesia; obligados por el hambre, afluirán allí de todas partes; los mismos hijos de Jacob, los restos de Israel, vendrán allí y adorarán al que han dado muerte y que vive; reconocerán que todas las pruebas, todas las aficciones que han experimentado, las han merecido; llorarán su crimen; entonces Jesús se manifestará á ellos en toda su gracia y su gloria, les consolará, les abrazará, les reconocerá públicamente por sus hermanos, y les colocará donde abundan la doctrina y la gracia (1).

Entonces el Universo se despertará, del mismo modo que Jacob, de un profundo sueño. Cuando los hijos del patriarca vinieron á decirle al país de Canaan: «José vive todavía, y él es quien domina en toda la tierra de Egipto,» desmayóse su corazón, porque él no les creía. Entonces le contaron todas las palabras que José les habia dicho. En fin, cuando vió los carros que José le enviaba para conducirle, revivió el espíritu de Jacob su padre, y dijo: «Bástame; José, mi hijo, vive todavía. Iré y le veré antes que me muera (2).»

Israel partió, pues, con todo lo que tenia, y vino al pozo de Bersabée, por otro nombre el Pozo del juramento, cerca de la frontera de Egipto, donde el Eterno se habia aparecido á su padre, y donde su abuelo Abraham le habia elevado un altar. Despues de haber inmolado allí víctimas al Dios de su padre Isaac, le oyó en una vision de noche que le llamaba y le decía: «Jacob, Jacob.» El le respondió: «Ved-

(1) Véase *Relaciones entre el patriarca José y Jesucristo*, por M. Caron.

(2) Gén., 45.

me aquí.» Dijole Dios: «Yo soy el Dios fortísimo de tu padre, no temas; desciende á Egipto, porque allí haré de tí un gran pueblo. Yo descendere contigo allá, y de allí te traeré cuando vuelvas; José pondrá tambien sus manos sobre tus ojos.»

Levantóse, pues, Jacob del Pozo del juramento, y le llevaron sus hijos, juntamente con sus niños y sus mujeres, en los carros que habia enviado Faraon para conducir al anciano. Y tomaron sus ganados y todos los bienes que habian adquirido en el país de Canaan, y llegaron á Egipto Jacob y toda su posteridad con él. La Escritura cuenta allí setenta individuos del sexo masculino; pero se puede creer que muchos nacieron en Egipto, y que son enumerados anticipadamente para dar por completo la genealogía de Jacob.

Este patriarca envió á Judá delante de sí para avisar á José que saliera á encontrarlo á Gessen. José hizo disponer su carro y salió al encuentro de su padre al mismo lugar. Luego que le vió, se arrojó sobre su cuello y lloró sobre él largo tiempo. Entonces Israel dijo á José: «Ya moriré contento, porque he visto tu rostro y te dejo vivo.» En cuanto á José, dijo á sus hermanos y á toda la familia de su padre: «Subiré y os anunciaré á Faraon, y le diré: «Mis hermanos y la casa de mi padre, que estaban en la tierra de Canaan, han venido á mí. Son pastores de ovejas, y tienen el cuidado de criar ganados; han traído consigo sus rebaños y ganados mayores, y todo cuanto les pertenecía.» Y entonces os llamará y os dirá: «¿Cuál es vuestra ocupacion?» Respondereis: «Vuestros siervos son gentes que se ocupan en criar ganados desde nuestra infancia hasta el presente, nosotros y nuestros padres.» Direis esto, á fin de que podais habitar en la tierra de Gessen, porque los egipcios abominan á todos los pastores de ovejas (1).»

José dijo que los pastores eran abominados por los egipcios. Sin embargo, una de las castas hereditarias del Egipto era la de los pastores, y esta no era la última. Veremos dentro de poco que el rey tenia pastores y ganados.

(1) Gén., 46.



La vida pastoril era generalmente honrosa en la antigüedad. ¿De dónde, pues, viene esta aversion particular de los egipcios hácia los hombres de esta profesion? ¿Era, como aún hoy sucede en la India, un horror supersticioso para los inferiores? Acaso sea esto; y no será el único punto de semejanza entre la India y el Egipto. Otra causa pudo contribuir. Antiguas historias hablan de la invasion de un pueblo nómada ó de pastores en Egipto, que tuvieron bajo su yugo durante doscientos setenta años, y del cual no se vieron libres sino con grandes esfuerzos por parte de los antiguos reyes, que ocupaban siempre una parte del reino. Esta invasion, segun datos que parecen ciertos, tuvo lugar dos mil veintidos años antes de nuestra era, y cesó hácia el año 1752, unos sesenta años antes de la entrada de Jacob en Egipto. Hé aquí lo que explicaria naturalmente, en esta época, la antipatía de los egipcios hácia los pastores extranjeros (1).

Segun estos mismos datos, José debió ser vendido en Egipto bajo el quinto rey de la décimo octava dinastía, al cual las leyendas egipcias dan el nombre de *Tutmosis III*, que los antiguos cronologistas llaman *Mifra* ó *Mifres*, y respecto del cual los sábios hermanos Champollion han reconocido la identidad con el *Meris* de los historiadores griegos, príncipe que dió su nombre al famoso lago que habia profundizado, y uno de los más grandes y mejores reyes que tuvo el Egipto. En efecto: este Faraon reinó cerca de trece años, es decir, del 1736 hasta el 1723 antes de nuestra era, y se coloca comunmente la venta de José por sus hermanos en 1728 (2). El Faraon que sacó de la prision á este patriarca, que recibió la explicacion de sus misteriosos sueños, que le hizo su ministro y le invistió de toda su autoridad, que estableció, en fin, á Jacob y á sus hijos en el Egipto, será el hijo y el sucesor del mismo *Tutmosis-Meris*, que es llamado por las crónicas *Mifra-Tutmosis*, y por las leyendas *Ameno-fis* (segundo de este nombre). Fue el sexto rey de la décimo octava dinastía, y su

reinado, de más de veinticinco años, duró desde el 1723 antes de nuestra era, hasta el 1697 (1). La salida de Egipto habrá tenido lugar bajo Amenofis III, décimosétimo y último rey de la décimo octava dinastía (2). Su hijo Sesostris, jefe de la décimo novena, reinaria y haria sus expediciones durante el tiempo en que los hijos de Israel viajaban en el desierto (3). La crónica de Manethon, narrada por Eusebio, cuenta veintiseis dinastías hasta Cambises, rey de Persia, que hizo la conquista de Egipto en 522 antes de Jesucristo; pero los monumentos geroglíficos no se remontan más que hasta la décimasexta, hácia el tiempo de Abraham y la invasion de los pastores. El zodiaco de Denderah, del cual se habla tanto hace ya algunos años, era mirado por ciertas gentes como un monumento de astronomía, remontándose por lo ménos á una centena de siglos antes de la creacion de este mundo. Pero habiendo sido llevado á Paris en 1822, se ha encontrado, que lejos de ser un monumento astronómico y de remontarse más allá de la creacion, no era sino un monumento de astrología supersticiosa, que no databa más que desde principios de la era cristiana, del tiempo de la dominacion romana en Egipto, como lo atestiguan los nombres de Tiberio, de Claudio, de Neron, de Domiciano, que se leen sobre el edificio de donde ha sido desprendido (4).

José vino á anunciar al rey la llegada de su padre y de sus hermanos, de los cuales presentó los cinco más jóvenes á Faraon. Habiéndoles preguntado este por su género de vida, ellos respondieron, segun el consejo de José, que eran pastores de ganados, como lo habian sido sus antepasados. Faraon dijo á José: «Tu padre y tus hermanos han venido á tí. La tierra de Egipto está á tu vista; hazlos habitar en el mejor lugar, y dales el territorio de Gessen. Y si conoces que entre ellos hay hombres inteligentes, ponlos por mayores de mis ganados.»

Despues de esto, introdujo tambien José á

(1) *Ensayo sobre el sistema gerogl.*, por M. Greppo, pág. 134.

(2) *Ibid.*, pág. 142.

(3) *Ibid.*, pág. 247.

(4) *Ibid.*, pág. 262.

(1) *Ensayo sobre el sistema gerogl.*, por M. Greppo, pág. 127.

(2) *Ibid.*, pág. 133.